

Frente al lenguaje soez de los adolescentes

Los padres y las personas que están en contacto con adolescentes se sorprenden con frecuencia del lenguaje procaz que utilizan. Oír sus palabrotas muchas veces les molesta y asombra. Esto hace que se pregunten si la generación actual estará perdiendo el respeto necesario al interlocutor para mantener una conversación alturada o, peor aún, a los demás en general y en especial a los padres o a la autoridad. Lo cierto es que hoy, el uso de las lisuras parece haber aumentado y ser parte del lenguaje cotidiano adolescente. **Si queremos hacer algo para corregirlo, es necesario entender primero por qué ocurre esto, y para ello revisar la función que este tipo de palabras cumple para los adolescentes; es decir, para qué les sirven.**

El lenguaje vulgar en general y los insultos en particular, dependen de la intención del hablante y del contexto en que ocurren. Intervienen factores circunstanciales, ambientales y características de la historia personal, del medio familiar y cultural de cada uno. **En este sentido, es necesaria una primera distinción entre la procazidad y el insulto.** La primera hace referencia a una forma de comunicación coloquial sin ánimo de injuria personal. Puede ser una interjección, una idiosincrasia o característica de un individuo o de una colectividad, en este caso, adolescente.

En cambio, el insulto sí respondería a una intención de agresión explícita, que responde a otras motivaciones que buscan violentar a una segunda persona o descalificar a un tercero. Aun así, encontraremos apelativos agraviantes que carecen de este componente, sino que expresan complicidad, reconocimiento, pertenencia, incluso simpatía, confianza e intimidad.

Una razón que lleva a un adolescente a insultar es la agresión. Los adolescentes se encuentran en la etapa en que sus impulsos sexuales y agresivos aumentan. **Al no tener aún suficientes recursos psíquicos para saber lidiar con ellos, muchas veces expresan estos impulsos con insultos.** Así, si un adolescente tiene un conflicto con otro, es probable que lo agreda verbalmente con un vituperio, con el riesgo o la esperanza de que la violencia empeore. Estas palabras cumplen, en esta edad, una función de descarga que, si bien pueden no ser socialmente muy aceptadas, constituyen un recurso menos extremado que la violencia física, aunque suele anticiparla. Incluso, podríamos decir que la descarga verbal es una forma sublimada, es decir más desarrollada, de un impulso primario de agresión física, cuando no una provocación.

Decir lisuras puede también cumplir la función de expresar emociones que no pueden verbalizar de otra manera. Las interjecciones suelen exclamar una impresión súbita o un sentimiento profundo. Por la etapa del desarrollo en la que se encuentran, los adolescentes sienten emociones intensas que les resultan difíciles de decir cabalmente. Las groserías acuden en su ayuda y se convierten en el medio que les permite condensar las distintas emociones que aún no son capaces de identificar con claridad. **Un adolescente - como también los adultos- puede decir lisuras si está muy molesto, pero también si está muy contento, si está sorprendido, si está asustado, etc.** La palabrota puede convertirse, en este contexto, en un primer paso dentro del proceso complejo de ponerle un nombre a las diversas emociones que el adolescente va sintiendo.

Una manera adolescente de utilizar el lenguaje vulgar es como un código de

comunicación propio de su edad, como una jerga. **En muchos contextos, la lisura está inmersa dentro del discurso sin una intención o una carga emocional específica. Son en cambio apoyos lingüísticos que otorgan identidad como grupo generacional y facilitan la comunicación entre sí.**

¿Qué debe hacer entonces un adulto cuando escucha o se ve en medio de lisuras e insultos adolescentes?

Una agresión, dirigida contra otro, no debe tolerarse jamás. Si se trata de una descarga impulsiva o una expresión de emociones, será importante que el adulto pueda traducirlas en palabras y validar sus sentimientos si fuera el caso, a la vez que ayude al adolescente a ver el impacto negativo que sus expresiones pueden tener en el otro. **Así, le alcanzará otros modelos y mayores recursos de comunicación, que enriquecerán sus relaciones y su comprensión del mundo.** No hay que olvidar que en determinadas circunstancias, decir lisuras ha demostrado ser un recurso tan plausible, como reír o llorar. Lo importante es que el adolescente vaya aprendiendo, con ayuda de los modelos de comportamiento ofrecidos por su entorno inmediato y familiar, acerca de la pertinencia o la inadecuación de estas expresiones del lenguaje en relación al contexto y la oportunidad.

El adulto debe ser claro al demandar del adolescente que se comunique de manera pertinente en cada contexto y no hacerse el desentendido.

Debe aprender a distinguir con claridad lo que sería una exclamación expresiva, de un uso insultante, agresivo, de burla o descalificación del otro, que lo haga sentirse humillado.

Los adolescentes están centrados tanto en sí mismos, que a veces no perciben la incomodidad que sus palabras puedan estarle causando al resto. La empatía es un valor que debe ser fortalecido, en beneficio de las propias relaciones interpersonales. **En tanto haya un adulto que pueda ayudarlos a entender la sensibilidad ajena a sus códigos, los adolescentes podrán ir controlando y diferenciando con mayor cuidado aquello que dicen, cómo lo dicen y a quién se lo dicen,** aspectos cruciales en el comportamiento y la comunicación.

Entonces, esta perspectiva de comprensión de los rasgos adolescentes no es contradictoria con el cuidado y respeto de los límites y de lo permitido en la interacción con los pares, con los adultos y con la autoridad. En cambio, **busca el aprendizaje de las pertinencias de los distintos usos del lenguaje, en relación con la diversidad de situaciones personales y sociales en que este se desenvuelve; así como también a aprendizaje del auto control.** En pocas palabras, a distinguir y a matizar el lenguaje en concordancia con el contexto.

Una de las tareas más complejas del desarrollo es el modelado de la conducta; es decir, la manera de acomodar el propio comportamiento a las pautas establecidas y asimiladas de antemano. En este proceso, el aprendizaje de la pertinencia o inadecuación de las distintas formas del lenguaje a las situaciones correspondientes es un aspecto muy importante de la socialización. **Por todo esto, los modelos de identificación son especialmente influyentes en el comportamiento imitativo, infantil y adolescente; sobre todo, el modelo parental.** Será más difícil aprender el control de los exabruptos verbales en un hogar donde prolifera la "boca sucia" en lugar del cuidado de la "lengua materna", y el insulto agresivo en lugar del fortalecimiento de la autoestima.